

granos de arena de las orillas del mar: *Pluit illis sicut puterem carnes et sicut arenam maris volatilia pennata*. Ellas cubrieron al caer un espacio de veinte y cuatro kilómetros cuadrados, ó por lo menos veinte y cuatro kilómetros de extension en el fondo de un valle. Los israelitas que recogieron menor cantidad de ellas, hicieron un acopio de diez *chomers* ó mil *gomors*, ó sea lo necesario para alimentarse durante cien dias. Para conservar aquellas carnes, los hebreos *hicieronlas secar* al rededor del campamento (Éxodo, cap. II, v. 32). M. de Laborde no cree en la eficacia de dicho medio. «Puede acaso ignorarse, dice (*Comentario geográfico sobre el Éxodo y los Números*, pág. 91), que en nuestros dias ese medio produciria irremisiblemente, *al cabo de veinte y cuatro horas*, en primer lugar los gusanos, y luego despues la descomposicion?» Sin embargo, esa asercion es ciertamente falsa, y tratándose de un clima seco como el desierto de Egipto, las carnes simplemente secadas se conservarian por muy largo tiempo. Aun bajo el clima húmedo y caliente de La Plata, en donde la carne se corrompe con tal rapidez, que un buey muerto en el matadero es ya un buey entregado á la putrefaccion, no sucede tampoco así. El doctor M. Schnep, en su segunda comunicacion á la Academia de ciencias sobre el consumo y comercio de carnes de La Plata (*Sesion del 15 de febrero de 1854*, tomo LVIII, pág. 315), dice: «El procedimiento para la conservacion de las carnes más antiguamente conocido en aquella parte de la América central consiste en cortar la carne en tajadas delgadas y largas y secar estas al sol. Así preparada, la carne se conserva durante *un mes ó dos*.» Bien lejos estamos nosotros de las veinte y cuatro horas de M. de Laborde, y los dos meses de M. Schnep, bajo el clima del Egipto eminentemente conservador, pudieran ser muy bien los cien dias de la sagrada Biblia. Nada impide, además, que los hebreos, lo mismo que los habitantes de La Plata, hayan transformado *su carne seca en carne salada*, y que tuvieran sus *saladeros*

al aire libre. Los hebreos pudieron salar la carne de las codornices antes de hacerlas secar al sol. Bastaba para ello que hubieran tenido á su disposicion la sal necesaria. Pues bien; á la sazón ellos solo se hallaban á la distancia de quince ó veinte leguas del mar Rojo, cuyas playas, en antiguos tiempos así como hoy todavía, están enteramente cubiertas de sal. Eso es lo que afirma precisamente M. Morison en sus *Viajes del monte Sinai y de Jerusalem*. Belon, en sus *Observaciones* (lib. II, cap. LXVIII), dice de los habitantes de Tor, ciudad de la Arabia Petrea, situada sobre la orilla del mar Rojo: «Ellos tienen un gran mercado de pescados secos; cuando los cogen les abren el vientre en canal, los salan un poco y los hacen secar al sol; así preparados pueden conservarlos por largo tiempo. Muy recientemente en la sesion del 22 de junio de 1874 (*Informes*, tom. LXXVIII, pág. 1740), el ilustre perforador del canal de Suez, M. Fernando de Lesseps, hacia en la Academia una comunicacion que es una confirmacion patente de los hechos de la Biblia, y de la cual tengo á dicha el tomar acta. «Tengo el honor de presentar á la Academia una muestra del banco de sal existente en los lagos amargos; y deseo hablarle de las hipótesis hechas sobre el modo probable de su formacion que data de muchos siglos, ó tal vez de *muchos miles de años*... Parece poco menos que demostrado, ateniéndose á la lectura de los autores antiguos, que en la época en que los israelitas abandonaron el Egipto, bajo la direccion de Moisés, el mar Rojo dejaba sentir sus mareas al menos hasta el pié del Serapeum, en las inmediaciones del lago Timsah... En el intervalo de unos quince siglos, que separan ese hecho histórico del reinado de Nerao, hijo de Psamnético, que hizo abrir el canal dicho de los Faraones, el suelo del istmo habia sufrido algunas modificaciones importantes; habiase elevado sensiblemente, puesto que el mar Rojo se encontraba retirado más allá de la entrada de Chalouf... El nivel medio del mar Rojo era hace al menos once siglos, de unos tres metros más

elevado que en nuestros días, respecto del suelo del istmo... En la época en que los hebreos salieron de Egipto, el peñon de Chalouf, última prolongación de las colinas de Geneffé, debía estar enteramente sumergido. Cuando á consecuencia del levantamiento lento del suelo, la cima de dicho peñon vino á ser puesta en descubierto, volvió á cubrirse poco á poco, bajo la acción de las mareas y del viento, de materias acarreadas, que llegaron á formar entre los lagos y el mar una barrera que solo podia ser franqueada durante la marea alta... Para explicar en consecuencia la formación del banco de sal en los lagos amargos, bancos cuyo peso era de 970,000 millones de kilogramos, es preciso forzosamente admitir que los lagos amargos continuaron en períodos intermitentes cubriendo las aguas del mar Rojo.» Hé aquí, pues, muy claramente establecido por la ciencia el origen de la masa de sal, á donde los hebreos pudieron recurrir en el caso de que la disección no hubiera bastado para la conservación de sus provisiones de codornices. M. de Lesseps atestigua al mismo tiempo que, hace veinte años solamente, no se veía casi jamás llover en el istmo. Si yo me he extendido tanto respecto de su comunicación, es porque los datos inesperados que él da harán mucho más fácil la explicación del paso del mar Rojo por los hebreos.

A propósito de las codornices del desierto, M. Milne Edwards padre, miembro del Instituto y profesor de historia natural del Jardin de Plantas, planteóme poco há la cuestión siguiente, como un ejemplo de los errores posibles de traducción de los nombres de animales, de los cuales hácese mención en la Biblia: «Pareceme cosa interesante el que se averiguara si la palabra hebraica empleada en el Éxodo (cap. XVI, v. 13) no pudiera aplicarse al pez volador, llamado *Apistus Israelitarum* por Ehrenberg (véase Cuvier, *Peces*, tom. IV, pág. 597), en lugar de significar codornices, como se supone generalmente.» Esa investigación fuera difícil y no ofrecería mucho interés. Por otra parte, el versículo de los Salmos, que hemos re-

cordado más arriba: «Hizo llover sobre ellos carnes como el polvo y volátiles cubiertos de pluma, como la arena del mar,» indica clarísimamente aves y no peces, plumas y no membranas. La codorniz, por lo demás, es en Egipto un ave de paso. Dicho versículo de los Salmos prueba también que la tradición de ese alimento milagroso no ha cesado de mantenerse viva entre los hebreos.

Grifo.—Deuteron., cap. XIV, v. 12: «No comereis los impuros, el águila, el grifo, etc.» Para poner á Moisés en ridículo, se le ha echado en cara que prohibió á los hebreos la carne de un animal fabuloso, el grifo. Esto es evidentemente un atentado contra el buen sentido. Por mas que no sepamos cuál sea en realidad el animal apellidado *grifo*, del contexto desprenderse que es un animal semejante al águila, acaso el condor ó el picargo. Empero, por lo mismo que se prohibía su carne, debía ser muy conocido y popular. En 1623, un sabio llamado Duverney presentó á la Academia de ciencias el buche de un ave llamada grifo. Valmont de Bomare, en el diccionario de Constantino, da el nombre de grifo á la zumaya.

Ixion.—Deuteron., cap. XIV, v. 13: «No comereis los impuros el ixion, el buitre y el milano.» Quiérese todavía que el ixion sea un ave fabulosa. Es un ave real, un ave de rapiña, sin duda congénere del milano y del buitre.

Serpiente abrasadora.—Números, cap. XXI, v. 6 y siguientes: «Por eso el Señor envió contra el pueblo serpientes abrasadoras; habiendo muchos sido heridos ó muertos por ellas, las gentes fueron á Moisés y le dijeron: Hemos pecado... Ruega al Señor que quite las serpientes de en medio de nosotros. Moisés, pues, rogó por el pueblo, y el Señor le dijo: Hazte una serpiente de bronce y pónla por señal; aquel que, habiendo sido herido la mirare, quedará salvo.» Trátase todavía aquí de un hecho cuyo recuerdo hállase consagrado por una tradición solemne. Judit (cap.

VIII, v. 24) recuerda á los moradores de Betulia «que aquellos que irritaron al Señor con sus murmuraciones murieron de las mordeduras de las serpientes.» El autor del libro de la Sabiduría refiere así dicho milagro (cap. XVI, v. 5 y siguientes): «Unas serpientes venenosas les dieron la muerte; mas vuestro furor no duró largo tiempo; Vos les disteis un signo de salvacion para hacerles acordar de los mandamientos de vuestra Ley. Aquel que miraba la serpiente no era curado por lo que veía, sino por Vos mismo, que sois el salvador de todos los hombres.» San Pablo en su primera Epístola á los corintios (cap. X, v. 9), les dice: «Guardémonos todavía de tentar á Jesucristo, como le tentaron algunos de aquellos á quienes las serpientes hicieron perecer.» Por último, Jesucristo mismo dice á Nicodemo (San Juan, cap. III, v. 14): «Así como Moisés en el desierto levantó en alto la serpiente de bronce, es preciso que el Hijo del hombre sea levantado en alto, á fin de que todo hombre que crea en él no perezca, sino que tenga la vida eterna.» Trátase, pues, de un hecho cierto, de un hecho revelado y divino. Este hecho científicamente no puede suscitar dificultad alguna; Bochart ha probado hasta la evidencia que la serpiente del desierto era la hidra ó *cnusydra*, *hidrus* ó *chusydrus*, de Cuvier. Hásela llamada *abrasadora*, porque sus mordeduras ocasionaban inflamaciones y dolores vehementes. M. Leon de Laborde, en su *Comentario* (pág. 133), dice: «Las serpientes no son raras en esta parte de las montañas. Yo hago esta observacion como viajero, sin que trate de explicar, por esta coincidencia enteramente fortuita, un milagro que era fácil á Dios obrar en este lugar mismo, sin la preexistencia de dichos animales. Cuando yo atravesé este país, al volver de las ruinas de Petra, nuestras provisiones habian disminuido de tal manera, que fué una suerte para nosotros el encontrar acedera, cuya yerba crecía en grande abundancia en las inmediaciones de los manantiales; todos nos creímos en el deber de coger de ella, mas nos causó espanto el gran número de serpientes que se

hallaban refugiadas bajo dicha planta. Los árabes nos dijeron que sus mordeduras eran venenosas, y solo haciéndonos preceder por nuestro criado, que con un palo iba dando golpes sobre el terreno, nos atrevimos á continuar nuestra siega ó recoleccion.» Algunos comentadores han creído que las hidras eran aladas, y las consideran semejantes á las serpientes, muy comunes en la Arabia y en la Libia, sobre las cuales Herodoto dice que él fué hasta Bathos para verlas, que encontró en efecto algunos grupos de ellas, y que se asombró de sus alas sin plumas. Mas nada en el sagrado Texto indica que las serpientes abrasadoras tuvieran alas.

Serpiente del Paraíso terrestre.—Génesis, cap. III, v. 1 y siguientes: «Mas la serpiente era el más astuto de todos los animales de la tierra... Ella dijo á la mujer: ¿Por qué, pues, Dios os ha ordenado que no comierais del fruto de todos los árboles del Paraíso?... La mujer respondió: Dios nos ha prohibido tocarlo y comer de él á fin de que nosotros no muramos. La serpiente dijo: Vosotros no morireis... y el día en que comiereis de ellos, vuestros ojos serán abiertos, y seréis como unos dioses, conocedores del bien y del mal... La mujer cogió de él, comiólo y dió de él á su esposo que tambien comió. El Señor dijo á la mujer. ¿Por qué hiciste esto? Ella respondió: La serpiente me ha engañado, y yo he comido. El Señor dijo á la serpiente: ¿Por qué hiciste esto? tú eres maldita entre todos los animales de la tierra; te arrastrarás sobre tu vientre y comerás tierra todos los días de tu vida; yo pondré enemistades entre tí y la mujer, entre tu posteridad y su posteridad, tú probarás de morderla en su calcañar, mas ella aplastará tu cabeza.» Recordando este hecho, san Pablo, en la segunda Epístola á los Corintios (cap. XI, v. 3), dice simplemente: «La serpiente sedujo á Eva por su astucia.» ¿Trátase acaso aquí de una serpiente verdadera, ó de una serpiente simplemente figurativa, es decir, del demonio, que el Apocalipsis apellida la antigua

serpiente ó el diablo, de la cual el libro de la Sabiduría dice (cap. II, v. 24): «La muerte entró en el mundo por la envidia del diablo;» y de la cual san Juan dice á su vez (cap. XIII, v. 44): «Vosotros sois los hijos del diablo, que fué homicida desde el principio del mundo.» Hé aqui nuestro modo de ver sobre la materia; sin condenar en manera alguna la interpretacion alegórica que no ha sido declarada contraria á la fe, nosotros no vacilamos en admitir como más conforme con la sagrada Escritura, como más generalmente aceptada, por no ofrecer objecion alguna insoluble, la opinion que supone á la serpiente tentadora una serpiente verdadera y no simbólica, pero que habia en este animal dos seres muy distintos, el demonio y la serpiente; que se trata, en una palabra, de una serpiente animada por un agente sobrenatural. El demonio para tentar á Eva sirvióse de la serpiente, que no era á la sazón un objeto de horror, como lo es al presente, y que solo pasó á serlo á consecuencia del papel infernal para el que se la hizo servir y de la maldicion de que fué el objeto. El maligno espíritu, por otra parte, pudo haber embellecido aquel animal con sus prestigios y comunicarle algunas cualidades que este no tenia. La serpiente seductora era acaso una serpiente ó dragon alado, notable á la vez por sus repliegues ondulantes y por el brillo de sus colores, que fué privado más tarde de sus alas y condenado á arrastrarse por el suelo.

Si se admite que el demonio habia elevado á la serpiente sobre su condicion, hermoseándola con sus artificios y dándole un aire más noble, deberá decirse que Dios le quitó sus cualidades y la redujo á su condicion primera. Nada hay tampoco de anticientífico en esta segunda parte del versículo: «Tú comerás tierra todos los dias de tu vida,» puesto que en efecto la serpiente se sustenta de semillas é insectos que se encuentran en la tierra. El hecho de la intervencion de la serpiente es, pues, un hecho sobrenatural y maravilloso, pero que en nada ofende á la razon, y que la razon por el contrario nos hace un deber

de aceptar, puesto que fuera imposible explicar sin él ese otro hecho colosal de la historia y de la mitología, es decir, que el demonio ó la serpiente que le sirve de emblema se halla en las tradiciones de todos los pueblos: 1.º como bueno y de una naturaleza superior á la nuestra; 2.º como un sér malo y el autor de nuestros infortunios; 3.º como habiendo estado más particularmente en relacion con la mujer. Yo invito á mis lectores á leer la demostracion ampliada de estas tres aserciones en *La Biblia sin la Biblia* del abate M. Gainet (1.º edicion, tom. 1.º, pág. 100 y siguientes); ahora yo sólo puedo insinuarla. Los indios, los egipcios, los griegos, los mejicanos y los africanos han adorado y adoran aún á la serpiente. Entre esos mismos pueblos, el dios del mal es representado bajo la forma de serpiente ó piton; los griegos imaginaron que uno de sus dioses habiase transformado en serpiente para seducir á una mujer; ellos pretendian que cierta raza humana, apellidada los Ofiágenes, habia salido de una serpiente y de una mujer. Entre los Epirotas, solamente una virgen enteramente desnuda tenia acceso como sacerdotisa en el bosque consagrado á las serpientes que el pueblo adoraba; solo ella podia llevarles alimentos ó interrogarlas sobre el porvenir. Lo mismo sucedió entre los romanos y africanos; las sacerdotisas de las serpientes eran jóvenes doncellas... En América, la madre de nuestra carne es llamada la mujer de las serpientes, *Cibba covabali*; en todos los simbolos de dichos pueblos, ella se halla siempre relacionada con una gran serpiente... El mundo entero nos enseña igualmente que la serpiente, sér á la vez bueno y malo, ha recibido en todas partes los honores divinos. Como á sér bueno, hásele atribuido un origen celestial, háse hecho de ella el simbolo del sol, de la eternidad, del Dios todopoderoso; hásele tenido por una hábil encantadora, que hace perder la razon con un encanto irresistible y misterioso; supónesele dotada de prudencia, inteligencia y elocuencia incomparables; se la consulta sobre el bien y el mal, el porvenir, etc., siendo las mujeres las que le

hacen dar sus oráculos. Como á ser malo hácese de ella un monstruo horrible, espantoso, de origen desconocido, que declaró la guerra á Dios y corrompió sus obras, autor de todos los males que padecen los hombres, y del cual la tierra no podrá ser liberada más que por un Dios encarnado. Si Moisés ha dicho la verdad, era imposible que su relato no se reprodujera bajo una multitud de formas en las mitologías y religiones degradadas. Esto es lo que ha sucedido en efecto. La fábula supone y demuestra invenciblemente la historia.

El Baobab.—Se ha opuesto á la cronología bíblica la existencia de ciertos árboles, el baobab, por ejemplo, á los cuales su corpulencia enorme y la observación de las capas anuales obligan á asignarles una antigüedad extraordinaria, más de seis mil años. Nada nos impide conceder que los baobabs examinados en el Senegal por Adanson «existen desde cinco, seis ó aun diez mil años, y lo mismo sucede respecto del ciprés de Chapultepec, ó de los árboles de Tenerife examinados por M. Piazza Smyth. Nada pudiera inferirse de esa concesión, puesto que la creación del reino vegetal ha precedido de mucho á la del reino animal. Mas Adanson mismo no cree en los diez mil años de existencia de su baobab. Véase cómo se expresa en las *Memorias de la Academia de ciencias* para 1761 (pág. 231 y siguientes): «Yo sé que dicho árbol adquiere en veinte años un pié y medio de diámetro sobre quince de elevación. Hubiera deseado hacer uso de cuatro ó cinco términos de observaciones para calcular la edad de este árbol, mas la sana geometría nos enseña que son insuficientes para determinar nada de preciso sobre el asunto. Por eso me concreté á indicar que es muy verosímil que su crecimiento que es muy lento, relativamente á su monstruosa anchura de veinte y cinco piés de diámetro, debe durar algunos miles de años, y tal vez remontarse hasta el diluvio, hecho asaz singular para hacer creer que el baobab es el más antiguo de los monu-

mentos vivientes que puede suministrar la historia del globo terrestre.»

El baobab evidentemente hubiera podido librarse del diluvio, que no destruyó, como lo probaremos, el mundo vegetal. No obstante, la apreciación atribuida á Adanson sobre la edad de dicho árbol gigantesco por el número de las capas leñosas anuales contenidas en un diámetro de ocho y diez metros, no tiene nada absolutamente de rigurosa. En efecto, la manera con que él ha establecido dicha edad, supone que el crecimiento en grosor de los árboles, se hace durante todo el tiempo de su existencia, por capas anuales cilíndricas de igual espesor. Pues bien, nada prueba que ello sea así, que la formación de las capas no cese en una cierta época de la vida del árbol, que no se forme más que una capa cada año, y que así el número como el espesor de las capas no varien con la edad, la exposición al aire libre, el suelo, las estaciones, las circunstancias meteorológicas y climáticas, etc., etc. Un botánico, que ha estudiado los baobabs sobre los mismos lugares, afirma que dichos árboles, estremadamente esponjosos y blandos, pueden producir hasta veinte ó veinte y cinco capas al año. (Glaire, *Biblia vindicada*, tom. 1.º, página 238). En cuanto al espesor desigual de las capas, es tan evidente, que un fisiologista ingenioso, M. Carlos Cros, propuso á la Academia de ciencias, en la sesión del 6 de octubre de 1873, hacer servir la serie de los espesores de las capas para el estudio de las condiciones meteorológicas en las cuales se ha efectuado el desarrollo del árbol, y para la comprobación de ciertos recuerdos históricos ó tradicionales de los grades fenómenos meteorológicos. Si, por ejemplo, decía él, pudiera encontrarse en Egipto un árbol viviente, cuyo origen se remontase á los tiempos de José, y si el corte á cercen de dicho árbol revelara una sucesión de siete capas espesas y de siete capas delgadas, habríase establecido de un solo golpe el milésimo exacto de los siete años de abundancia y de los siete años de carestía, relatados en la Biblia, y las causas inmediatas,

humedad, temperatura, etc., de esos fenómenos.» Lo que acabamos de decir del hoabab debe aplicarse naturalmente á los demás árboles de una longevidad extraordinaria, á ciertos cipreses, al taxodium de las Floridas y de la Luisiana, á los *dracena draco* del pico de Tenerife, al tejo; etc. (1).

La zizaña.—«El enemigo vino á sembrar la zizaña entre el trigo y se retiró.» (Math., cap. XIII, v. 25). La zizaña, dicen los incrédulos, no se siembra; es una corrupción entre los granos de trigo. Ellos se equivocan: la zizaña, el *zizanium*, de que habla Jesucristo, es el *lolium temulentum*, la hierba de los borrachos, gramínea anual, comun en las mieses, y cuyo grano está dotado de propiedades nocivas; mezclada dicha hierba con la harina de trigo y de centeno, ocasionaria el vértigo. Hoy el nombre de zizaña hállase reservado á otro género de gramínea, familia de las oriseas, llamado comunmente arroz del Canadá ó arroz silvestre, que se empieza á cultivar en Francia.

La higuera.—«La higuera no florecerá (Habacuc, III, 17). Esa amenaza, se dice, es ridicula, puesto que la higuera no florece jamás en país alguno. Este es un error grosero de la semi-ciencia, y si la Escritura hubiese afirmado en algun lugar que la higuera no florece, se la hubiera acriminado tambien por ello. En la higuera el fruto es al mismo tiempo la flor.» En la inflorescencia de la higuera, dice M. Saint-Germain (*Diccionario de Botánica*, en la voz *Higo*), el fondo del receptáculo corresponde realmente á la cúspide del eje de las espigas, y los bordes que cierran la abertura corresponden á la base del eje de las espigas... En el higo (cuyas flores son unisexuadas), las flores machos hállanse situadas sobre los límites de dichos bordes, y las flores hembras ocupan toda la extension del receptáculo. La inflorescencia de la higuera es

(1) Véase la segunda rectificacion del tomo I, pág. XIX.

en la madurez pulposa y comestible; ella figura en el número de los frutos compuestos, agregados y sinantocarpados.» El *Diccionario de las Ciencias* de Bouillet añade: «Las flores de la higuera, por estar muy ocultas, habianse sustraído á las investigaciones de los naturalistas de la antigüedad, que creían que la higuera producía fruto sin tener flores: solamente hasta 1712 fué cuando se descubrieron las flores machos y las flores hembras de dicho árbol.» Y esta florescencia hállase afirmada ya por el Profeta hace dos mil años. ¡Qué ejemplo tan sorprendente de la ciencia y de la verdad absoluta de los libros santos!

La higuera ha dado lugar todavía á otra objecion contra la verdad de los sagrados libros. Evangelio segun san Márcos, cap XI, v. 12 y siguientes: «El dia siguiente, cuando Jesús y sus apóstoles salieron de Bethania, tuvo hambre, y viendo desde lejos una higuera que tenia hojas, fué hácia ella para ver si podia encontrar alguna cosa, y habiéndose acercado no encontró más que hojas, porque no era el tiempo de los higos. Entonces Jesús dijo á la higuera: «Que nunca jamás ninguno coma de tí fruto alguno;» lo cual oyeron los discipulos. La mañana siguiente vieron al pasar que la higuera se habia secado, y acordándose de la palabra de Jesucristo, le dijeron: «Maestro, mira la higuera cómo se ha secado.» El maldecir una higuera porque no da fruto en la estacion en que debiera darlo, ¡qué cruel contrasentido! Aquí no hay evidentemente más que un error de traduccion: háse hecho de la particula *ou* una negacion, cuando hubiérase debido hacer de ella un adverbio de lugar, y traducirla por allí. En vez de: *no era* el tiempo de los higos, es menester leer: porque era *allí* el tiempo de los higos. Eso sucedía pocos dias despues de la entrada de Jesús en Jerusalem, en plena primavera, á la sazón en que la higuera se cubre sucesivamente de sus hojas y de sus primeros higos. Trátase de Bethania, á cuyo lugar el divino Salvador iba á menudo; y él no se hubiera acerca-

do ciertamente á la higuera, si no hubiese sabido que era aquel el tiempo de los higos. Todos convienen en que la maldición y la desecacion de la higuera eran simbolos de la maldicion y del castigo del pueblo judío. Pues bien, hay en efecto una paridad perfecta entre un árbol que no dá fruto en la estacion en que debiera llevarlo, y un pueblo que debía ser castigado por no haber hecho las buenas obras que las gracias de que se hallaba colmado le ponian en estado de practicar. La higuera era muy comun en Judea, siendo allí permitido al viandante el coger un higo así como una uva ó racimo en las viñas, ó algunas espigas en un campo de trigo. Jesucristo, por otra parte, ejercía entonces su soberano dominio, como lo hizo más tarde respecto de la asna y del pollino: «Vosotros direis que el Maestro lo necesita.»

Mostaza.—«El reino de los cielos es semejante á un grano de mostaza que un hombre tomó y sembró en su campo; este es en verdad el más pequeño de todos los granos, mas cuando él ha crecido es más grande que todas las demás plantas, y se convierte en un árbol, en tales términos que las aves del cielo van á habitar en sus ramas.» (Evangélio segun san Mateo, cap. XIII, v. 31 y siguientes). En San Lucas el grano de mostaza es sembrado en un huerto. Los incrédulos ven ahí, no solo una exageracion, sino un error evidente. El grano de mostaza no es ciertamente la más pequeña de las semillas: los granos de adormidera, de ruda, de albahaca y de salvia son más pequeños, y además este grano no llega á ser un árbol sobre el cual las aves del cielo puedan reposar. En rigor de verdad, el grano de mostaza no es la más pequeña de las semillas, es solamente una de las más pequeñas, y Jesucristo no quiso decir otra cosa. Véase por varios pasajes del Talmud que, cuando los judíos querian decir que una cosa era minima, la comparaban á un grano de mostaza. En segundo lugar, la mostaza de que es aquí cuestion, no es sin duda nuestra mostaza

negra ó blanca, *sinapis nigra*, *sinapis alba*, siendo por lo tanto muy posible que su semilla haya sido en realidad la más pequeña de las semillas leguminosas. Si era nuestra mostaza, hallábase al menos en condiciones enteramente diferentes de las que nosotros reconocemos en ella: no era ya una yerba con simples hojas sin ramas, sino un arbusto ó una gran planta ramosa. Esta diferencia de la yerba al arbusto ó al árbol no pudiera acaso proceder de una diferencia de suelo y clima? Léese en los Talmudes de Jerusalem y de Babilonia que habia en otros tiempos en Sichen un tronco de mostaza que tenia tres ramas, de las cuales la una servia para dar sombra á varios alfareros que trabajaban debajo durante el verano; y que esta sola rama produjo nueve *habes*, unas doce pintas de semilla de mostaza. Léese todavia en el Talmud de Jerusalem que Rabbi Simeon tenia en su huerto un pié ó tronco de mostaza sobre el cual él subia como se sube sobre una higuera. Nada hay aquí que deba sorprendernos. La ruda entre nosotros es una yerba, y sin embargo el historiador Josefo dice haber visto en el castillo de Macheron una planta de ruda, que igualaba en grandor y grueso á las higueras del país. (*De Bello Judaico*, lib. VII, cap. XXII.) Entre nosotros el rosal es un simple arbusto, y á pesar de ello, el Padre Montfaucon asegura, en su *Viaje por Italia* (cap. VIII), que vió en Ravena un rosal tan alto y estendido, que cuarenta personas hubieran podido guarecerse á su sombra. Estos hechos son más que suficientes para probar que nuestro divino Salvador nada dijo de falso en la parábola del grano de mostaza. El abate Glaire (*Diccionario universal de las Ciencias eclesiásticas*, artículo Mostaza) dice: «Jesucristo hablaba evidentemente de una planta muy comun, y hablaba de ella á sus discípulos que la conocian como él: esa planta existe ciertamente, y tal como él la ha descrito, mas es posible que ella fuera una planta muy diferente de las que nosotros designamos con el nombre de *sinapis*, mostaza, ó que la Judea la colocara en unas condiciones escepcionales.»

Grano de trigo.—«Si el grano de trigo caído sobre la tierra no muere, permanece solo; mas si muere, lleva copiosos frutos.» (San Juan, cap. XIII, v. 24.) ¿No es ridículo, dice Tyndall, el asegurar que el grano de trigo muere? Nada es más cierto sin embargo. El cuerpo del grano ó de la semilla muere, descomponese, sirve para la alimentación del germen ó cotiledon y desaparece. El célebre fisiologista inglés Grew afirma que el trigo se corrompe verdaderamente en la tierra antes de desaparecer; que su epidermis, su dermis y su pulpa sufren una verdadera putrefacción, al paso que en todas las demás semillas no se nota podredumbre ni corrupción, sino simplemente hinchazon y desenvolvimiento. La oxidación que es, según MM. Deherain y Landriw, el punto de partida de la germinación, es una verdadera combustión ó disgregación, una especie de muerte. Algunos Padres de la Iglesia traducen *mortuum* por *mortificatum*, que expresa mejor la alteración sufrida por el grano de trigo.

Maná.—Éxodo, cap. XVI, v. 13 y siguientes: «Por la mañana el rocío hallóse esparcido en torno del campo; y cuando hubo cubierto la faz de la tierra, apareció en el desierto una cosa menuda y como machacada en el almirez, semejante á la escarcha blanca sobre la tierra. Lo cual, habiendo visto los hijos de Israel, dijéronse unos á otros: ¡Manhú! lo que significa: ¿qué es esto? Moisés les dijo: Es el pan que el Señor os ha dado para comer. Que cada uno recoja tanto como le baste para la comida, un gomor por cabeza. Que ninguno deje de él para la mañana... Algunos dejaron un poco, mas principió por llenarse de gusanos, y luego se corrompió... Una vez el sol había llegado á ser caliente, el maná se derretía... El sexto día recogieron el doble de dicho alimento... Mañana es el descanso del sábado... Lo que deba ser cocido ha-cedlo cocer... Lo que sobrare guardadlo. El maná no se corrompió, y no se halló en él gusano alguno... Durante seis días recoged de él. En el séptimo día, como es el sá-

bado del Señor, no se le encontrará... Dicha comida era blanca como la semilla del cilantro, y su sabor era el de la flor de la harina amasada con miel... Los hijos de Israel comieron el maná por espacio de cuarenta años, hasta que hubieron llegado á la tierra habitable. Este es el alimento con que fueron sustentados hasta que pisaron los confines de la tierra de Canaan.» Josué, cap. V, v. 12: «El maná cesó, y los hijos de Israel no usaron más de aquella comida, sino comieron de los frutos de la tierra de Canaan del presente año.» Todo es milagroso en esa reseña. El maná cae por vez primera en el desierto de Tsín, y por última vez en la llanura de Jericó. El no aparece en el domingo; cae cada día del año con una abundancia extraordinaria, de manera que basta durante cuarenta años para la alimentación de la inmensa caravana de los hijos de Israel. Jesucristo mismo ha comparado, en el Evangelio según san Juan (cap. VI, v. 31), el milagro del maná al misterio y milagro del pan y vino eucarísticos. Más así respecto del maná como respecto de las codornices, es posible que el hecho sobrenatural viniera á mezclarse con un hecho natural transformado, engrandecido, multiplicado por la omnipotencia divina, de modo que alcanzara las proporciones evidentes del milagro. Nosotros no vemos inconveniente alguno en esta mezclanza, y el maná celestial puede guardar alguna analogía de composición con el maná del Sinaí y de la Siria, que parecen traer tan preocupados á MM. Ehreberg y Berthelot. «El maná, dice M. Ehreberg (*Symbola Physica, Zoologica*, L. I: *Insecta*, X, art. *Coccus manipularis*), encuéntrase todavía en nuestros días en las montañas del Sinaí; cae allí sobre la tierra desde las regiones del aire (es decir, de la copa de un arbolillo y no del cielo)... Los árabes le llaman *Man*. Los árabes indígenas y los monjes griegos le recogen y comen con pan á guisa de miel. Yo lo he visto caer del árbol, yo mismo lo he recogido, diseñado y traído á Berlín con la planta y los restos del insecto.» M. Berthelot, después de haber citado estas palabras (*Informes*,

tom. LIII), añade: «El maná del Sinai ofrece el aspecto de un jarabe amarillento, espeso, y conteniendo sustancias vegetales, azúcar de caña, azúcar adulterado, dextrina y por fin agua. Tiene algo de análogo al maná, es una especie de alimento, pero no es aquel ciertamente el maná de los hijos de Israel, blanco, seco, redondo, duro,» etc. «El maná del tamarindo, dice M. Berthelot, es una verdadera miel, completada con la presencia de la dextrina. Él no pudiera ser suficiente como alimento, puesto que no contiene azoe. Así es que los alimentos animales son mezclados con él en los usos actuales de los árabes, lo mismo que en el relato bíblico.» MM. Ehrenberg y Berthelot no se hubieran complacido tanto sin duda en esa semejanza, en esa explicación por demás natural de un hecho sobrenatural, á haber tenido en cuenta las observaciones de los demás viajeros, y en particular la de M. Alejandro de Laborde (*Comentario geográfico sobre el Egipto*, pág. 95 y siguientes): «La goma del tamarindo es un jarabe que sólo mana durante los meses de junio, julio y agosto... y todos los tamarindos maniferos de la Península no producen en cada año comun más que quinientas libras de maná, es decir, las que alimentan á un hombre durante seis meses.» Admitamos, pues, el hecho natural como un embrión del hecho sobrenatural, como indicando la posibilidad científica de la alimentación milagrosa. Para nosotros, los tamarindos desaparecen, los *cactus* se desvanecen, las cimas de los árboles son reemplazadas por las regiones del aire ó por el cielo; Dios mismo es el que interviene directamente y da á su pueblo un alimento completo, alimento que, en caso necesario, pudiera sostener las fuerzas sin alimento azoado; puesto que está demostrado hoy por los experimentos de MM. Fick y Viscolinus, que los hidratos de carbono pueden bastar para todas las necesidades del organismo.

El autor del libro de la Sabiduría había dicho (cap. XVI, v. 20): «Vos alimentasteis á vuestro pueblo con la comida de los ángeles; les disteis un pan venido del cielo,

preparado sin trabajo, encerrando en sí todo aquello que es agradable á todos los gustos. Porque ese alimento que procedía de Vos demostraba vuestra bondad para con vuestros hijos, y acomodándose á la voluntad de cada uno de ellos, se trasformaba en lo que cada uno apetecía.»

¿Es posible acaso expresar de una manera más admirable la naturaleza milagrosa de ese alimento verdaderamente celestial? Y esa admiración llega hasta tal extremo que ha venido á ser el punto de partida de una nueva objeción: «Si dicho alimento era tan excelente, ¿cómo explicar, pues, las murmuraciones que tuvieron lugar algunos días después? «Nuestra alma está consumida de tedio, nuestros ojos no ven otra cosa que este maná.» (Deuter., cap. XI). Empero, ese hastío, harto natural ¡ay! al alma humana, explícase por la inconstancia, el antojo, el capricho y el apetito desordenado de otros manjares más variados y en apariencia más succulentos. Los ojos de Israel habíanse fatalmente abierto, como los de Adán y Eva en el paraíso terrestre; el pan de vida habíase convertido para ellos en alimento fastidioso. Ese es todavía el caso del hijo pródigo, quien no podía sufrir ya la casa paterna, donde sin embargo los servidores mismos nadaban en la abundancia.

Cebollas.—«La multitud, sentándose y llorando, dijo: ¿Quién nos dará carnes para que comamos? Nosotros nos acordamos de los peces que comíamos de balde en Egipto... de los cohombros, de los melones, de los pueros, de las cebollas, de los ajos.» (Números, cap. XI, v. 4-5). Ese recuerdo de las cebollas de Egipto parece á los incrédulos soberanamente ridículo é insensato. ¿Es ignorancia? es mala fe? Ellos saben, no obstante, que, en la Provenza como en España, las cebollas son unas legumbres muy sabrosas. M. Spon dice en sus viajes haber comido en Grecia unas cebollas tan excelentes, que en nada las aventajaban los mejores frutos de Francia. Pues bien, las cebollas de Egipto son muy superiores todavía. M. Mai-

Net, que estuvo diez años de cónsul en el Cairo, dice en estos términos: «¿Qué os diré de estas famosas cebollas, en otros tiempos tan gratas á los egipcios, que los israelitas echaban de menos de tal suerte en el desierto, cuando bajo la direccion de Moisés hubieron cruzado el mar Rojo? Ellas no han perdido nada ciertamente hoy de su excelencia, y son más dulces que en ningún otro lugar del mundo; algunas veces obtiéndose cien libras de ellas por diez sueldos. En el Cairo las venden enteramente cocidas, y hay aquí tal abundancia, que todas las calles están llenas de ellas.» *Descripcion del Egipto*, tom. II, pág. 103). Empero, el fijarse en necesidades semejantes es abusar hasta el exceso de la paciencia y benevolencia del lector.

Madero milagroso.—Éxodo, cap. XV, v. 22 y siguientes: «Sin embargo, Moisés habiendo hecho partir á los hijos de Israel, desde el mar Rojo, ellos se encaminaron al desierto del sud, que recurringen durante tres dias sin encontrar agua. Fueron á la fuente de Mara; pero no pudieron beber de sus aguas, porque eran amargas. Esto es lo que hizo dar á aquel lugar el nombre que lleva. Entonces el pueblo murmurando contra Moisés le preguntó: ¿Qué beberemos, pues? Por lo tanto Moisés clamó al Señor, que le indicó un madero, y cuando lo hubo arrojado en las aguas, estas volvieron dulces.» Este hecho memorable ha sido siempre considerado como uno de los grandes milagros obrados por Dios en favor de su pueblo. Achior lo designa en la relacion que hace á Holofernes (*Judit*, cap. V, v. 15): «Allí las aguas amargas fueron endulzadas para que ellos pudieran beberlas, y durante cuarenta años recibieron sus provisiones del cielo.» El autor del *Eclesiástico* (cap. XXXVIII, v. 5) lo recuerda á su vez: «¿Acaso el agua amarga no fué hecha dulce por el leño? Es, pues, un hecho histórico, consagrado por una tradicion solemne, que ha venido perpetuándose hasta nuestros dias. El manantial de Mara subsiste aún hoy bajo

el nombre de Hovara; sus aguas son tan amargas que los hombres no pueden hacer uso de ellas, y los camellos mismos sólo las beben cuando se sienten excesivamente sedientos. M. Leon de Laborde dice en su *Comentario*: «Desde las fuentes de Moisés, que son, por decirlo así, el alto del mar y el punto de partida, no hay en efecto agua alguna hasta Mara, al menos en evidencia; preciso es escavar profundamente el suelo en ciertos lugares. Mara, hoy Hovara, es un manantial situado en la vertiente de las montañas, que sale de un montecillo de arena que aquella impregna de depósitos salinos. Vénse en torno algunas palmeras desmedradas. El agua de dicho manantial es nitroso, amarga y salobre, los animales la rehúsan.» El hecho de las aguas amargas hechas dulces no pudiera pues ser puesto en duda. Dicha trasformacion, ¿fué acaso el efecto natural del contacto del leño designado por Dios á Moisés y echado en el manantial, ó bien debe verse en ello un milagro? Nosotros no vacilamos en admitir el milagro, dado que no hubiera proporcion alguna entre la causa y el efecto. Evidentemente el madero, en tal circunstancia, no hizo otro oficio que el lodo amasado con saliva en la curacion repentina del ciego de nacimiento. Es como un estribo natural que Dios, para obrar en apariencia de una manera más humana, quiere dar al acto sobrenatural. Se ha querido hacer de Moisés menos un gran laumaturgo que un gran sabio, geólogo, físico, químico y fisiologista, para el cual la naturaleza nada tenía de oculto. Ya volveremos á ocuparnos de esa opinion extraña. Haciendo aplicacion de dicha teoria al caso actual, no se vacía en decir, que Moisés sacó partido del conocimiento que tenía de la propiedad de cierto leño, tal vez el agracejo, de volver dulces las aguas amargas; él se hubiera servido sin duda hábilmente de su saber para simular un milagro. Mas Moisés no habia de ningún modo publicado un milagro. Después de haber invocado al Señor, echó en la fuente el pequeño pedazo de madera que le habia sido indicado, el

cual, si se trataba de una virtud natural, hubiérase hallado evidentemente fuera de proporcion con la inmensa cantidad de agua cuyo amargor debía quitar.

Leño muerto resucitado.—Job., cap. XIV, v. 7 y siguientes: «Un árbol no está sin esperanza. Si fuere cortado una vez, no deja de reverdecer, y sus ramas crecen de nuevo. Aun cuando su raíz hubiere envejecido en la tierra, por más que su tronco hubiere muerto en el polvo, él no dejará de crecer tan pronto como hubiera sentido el agua, y se cubrirá de follaje espeso, como cuando fué plantado. Mas un hombre una vez muerto, una vez despojado y consumido, ¿dónde está? Dormido, él no resucitará ya, mientras que los cielos no sean destruidos; él no despertará ni se levantará de su sueño.» Para hacer de este símil tan poético una objecion contra la verdad de los Libros santos, preciso es dar á la palabra *muerte* aplicada al árbol una significacion de *muerte absoluta*, que este no sufre esencialmente, y que es casi imposible atestiguar. Un árbol derribado, labrado, desecado y acepillado, puede ciertamente ser llamado un árbol muerto; y sin embargo háñse visto árboles tratados de esta suerte reverdecery; testigo el plátano de la isla de Antandros del cual habla Plinio en su libro XV, capítulo XXIII; testigo el olivo del cual es cuestion en el capítulo VII del libro III del tratado: *De his qui diu vivunt sine alimentis*, el cual, cortado hace diez años, separado de sus raíces y ramas, levantado del suelo y clavado sobre dos estribos de madera cerca de un pozo, reverdecido, echó flores y produjo frutos en aquel mismo año y en los años siguientes. Si esto se examinara bien, encontrariase en las obras modernas muchos ejemplos semejantes ó más sorprendentes todavía. ¿Quién pudiera negar que la vida del árbol multiplicada al exceso es incomparablemente más persistente y tenaz que la del hombre, cuerpo vivificado por un alma única? Acaso nadie se ha fijado todavía en ese misterioso aplazamiento de la resurreccion del hombre en el

tiempo de la destruccion de los cielos. ¿Qué acuerdo tan admirable con el fin designado á la existencia humana por Jesucristo y por el apóstol san Pedro!

Leño incombustible.—Éxodo, cap. XXVII, v. 1: «Harás un altar de madera de Setim, que tendrá cinco codos de largo y otros tantos de ancho, es decir (cuadrado, y tres codos de elevacion... y lo cubrirás de bronce... Harás tambien para el altar dos varas de madera de Setim, que revestirás de bronce... y servirán para llevarlo.» Pregúntase cómo dicho altar y varas, estando en contacto con un fuego violento, capaz para reducir á cenizas á los mismos toros, no eran abrasadas ni se consumian. Los apologistas, Bullet por ejemplo (*Respuestas críticas*, tom. II, pág. 308), hacen acerca el asunto una larga disertacion sobre las maderas naturales incombustibles como aquella de la cual estaban hechas las vigas de las torres del fuerte *Lusignan* en los Alpes, y á las cuales César jamás pudo pegar fuego. Podiérase igualmente con tal motivo traer á colacion las maderas vueltas artificialmente incombustibles por la impregnacion de ciertas sustancias, el sulfato de cobre, el fosfato de cal, etc. Muy recientemente un inventor proponia al gobierno inglés la construccion de buques ininflamables con maderas impregnadas de tungstato de sosa. Mas ¿no es por ventura mucho más natural el atribuir la incombustibilidad del altar y de las varas al cobre de que se hallaban herméticamente revestidas? Y en esta coincidencia ¿no hay acaso una revelacion preciosa?

Triple cosecha del año sabático.—Levítico, cap. XXV, v. 3 y siguientes: «Vosotros sembrareis vuestro campo seis años consecutivamente; podareis igualmente vuestras cepas y recogeréis sus frutos durante seis años... El séptimo año será el sábado de la tierra, consagrado en honor del descanso del Señor... No segareis aquello que la tierra hubie-

re dado por sí misma, y no recogeréis las uvas que la vid hubiese llevado... Todo lo que nacera entonces por sí mismo servirá para alimentar al mercenario que trabaja por vosotros, al extranjero que mora en medio de vosotros, á vuestras bestias de servicio y ganados... Yo derramaré mi bendición sobre el año sexto, y él producirá tantos frutos como tres de los otros.» La existencia de esta ley y su fiel observancia por el pueblo judío son hechos históricos harto manifiestos. Josefo no ha dejado de consignarlos y de atestiguar su verdad. Él dice (libro III, cap. XXI): «Como Dios había ordenado que los israelitas reposaran al cabo de seis días de trabajo, él quiso también que la tierra reposara de siete en siete años, sin que fuera sembrada ni se plantara nada en ella; y que los frutos que produjera de sí misma, los extranjeros pudieran cogerlos, sin que fuera permitido á los propietarios retener nada de los mismos.» Josefo refiere todavía que Alejandro estando en Jerusalem suplicó á los judíos que le indicaran qué beneficios querían que les hiciera. El gran sacerdote contentóse con suplicarle que permitiera á los judíos vivir según sus leyes, y les eximiera de pagar el tributo del séptimo año, lo que les concedió voluntariamente Julio César (lib. II, cap. VIII). En un decreto, ordenó que sería pagado por los judíos, en toda la extension de los dominios de estos, un tributo para la ciudad de Jerusalem, y que dicho tributo debía ser pagado cada año, á excepcion de aquel que ellos llaman *sabático*, porque ellos no siembran en dicho año, ni recogen el fruto de los árboles. Tácito refiere asimismo, aunque á su manera, es decir, con un espíritu hostil, que los judíos estaban de huelga el séptimo año. *Septimum quoque annum ignavie datum*. Yo no sé dónde los incrédulos han podido encontrar que esa ley es una de las más absolutas é imprudentes que el hombre haya osado imaginar, y que no es posible razonablemente considerarla como inspirada. Y sin embargo, teóricamente, el reposo concedido á la tierra todos los siete años es una medida excelente. El

cultivo intenso no existía á la sazón, y los abonos químicos no habían sido inventados; por lo tanto el cultivar la tierra á todo trance hubiera sido agotar su vigor y condenarla á la esterilidad. El barbecho del año sabático, barbecho con desmenuzamiento del suelo, era una necesidad absoluta. Y no es dudoso que el excedente de cosecha asegurada por esta medida tan sabia equivalía á una recoleccion ó cosecha triple del sexto año. Esta pudiera ser aun la explicacion natural de la fertilidad milagrosa aneja al año que precedía al año sabático. Sin embargo, la fidelidad con la cual los judíos observaban esa ley rígida y en apariencia ruinosa, el celo con el cual á la vuelta del cautiverio (Nehemias, cap. X, v. 31) se obligaban todos solemnemente á dejar la tierra sin cultivo el séptimo año, parece indicar que la triple cosecha del sexto año era en sí misma una gran realidad. En efecto, á menos de no tener la certeza de que la triple cosecha debía ser compensada por los seis años, la primera vez que el milagro de la triple cosecha no se hubiera producido, los israelitas hubieran considerado la promesa de Moisés como vana y su obligacion como nula. Si despues de haberse obrado muchas veces dicho prodigio de la triple cosecha, hubiera cesado, el pueblo no hubiera observado más el año sabático. Dios había hecho desprender el precepto del año sabático del milagro de la triple cosecha. Él había querido que el milagro precediera á su obediencia, de suerte que, en realidad, el hecho de la triple recoleccion se confunde con el hecho de la observancia del año sabático, y viene á ser con él un hecho histórico. Sin duda que dicho milagro es una cosa muy notable; mas tratábase de un precepto sagrado, cuyo precepto hubiera sido una pérdida enorme, un peligro temible, sin la compensacion divina de la triple cosecha; y esto era una razon suficiente para que Dios obrara aquel milagro regularmente. El milagro, por otra parte, colocaba á Moisés en una posicion incomparable. Solo él pudo poner así su legislacion á prueba, y todo israelita podia cada

siete años juzgar por sí mismo si él era verdaderamente el enviado de Dios.

Los hebreos, por lo demás, no pasaban tampoco el año sabático en una ociosidad pernicioso; ellos fertilizaban sus campos, esparcían cenizas sobre ellos, los desembarazaban del rastrojo, de las zarzas, de los cardos y otras malas yerbas, pegándoles fuego y destruyendo por ende todo gérmen de zizaña que pudieran contener; cuidaban de sus ovejas y rebaños, tejían el lino y la lana, recomponían sus instrumentos aratorios, etc.; asistían con mayor regularidad á las explicaciones de la ley, y cumplían con mayor celo todos sus deberes religiosos. Esta ley era, pues, eminentemente sábia y saludable, siendo completada por el año jubilar ó de remisión, año quincuagésimo, despues del cual toda cosa vendida volvía á su dueño y antiguo propietario, las deudas eran extinguidas, los esclavos manumitidos, etc. Esta ley era, además, eminentemente humanitaria, benéfica y santamente fraternal. Ella imprimía, en fin, en la naturaleza entera, así en el suelo como en sus habitantes, el sello del dominio soberano de Dios, y sobre todo, bajo este concepto, era esencialmente divina y moralizadora.

Los años sabáticos y jubilares son á menudo recordados en la sagrada Escritura, en la tradición y en la historia; mas el hecho de la triple cosecha del sexto año sólo figura en el capítulo XXV, versículo 21, del Levítico. Eso es lo que me ha autorizado para expresar la idea, que no he tomado de ninguna parte, de explicarlo equivalentemente por el excedente de cosechas, debido ciertamente á ese modo incomparable de asolamiento de las tierras, con barbecho removido cada siete años.

Lepra de los vestidos y de las casas. Levit., cap. XIII, v. 47-51: «El vestido de lana ó de lino que, en su tramo ó urdimbre, y todo vestido de piel que en su tejido tuviere lepra, es decir una mancha roja ó blanca, será presentado al sacerdote, quien, despues de haberlo inspeccionado, lo

encerrará durante siete días. Si el séptimo día, examinándolo de nuevo, notare que la mancha se hubiere agrandado, es una lepra perseverante, y debe juzgar el vestido contaminado.» Cap. XIV, v. 35 y 37. «Si se observare alguna úlcera de lepra en la casa, debe ser denunciado al sacerdote... Cuando el sacerdote vea en las paredes como unas pequeñas cavidades oleaginosas, con manchas pálidas ó rojizas, más hundidas que la superficie de la pared, y si, despues de haber sido arrancadas las piedras, y rasado el polvo empapado con otra tierra, las paredes ó muros estuvieren cubiertos de nuevas manchas, es una lepra persistente.» «Preciso es perdonar, ha dicho Voltaire, el primero de todos, á un pueblo tan grosero é ignorante, esa fantasía ridícula de la lepra de los vestidos y de las casas.»

Nosotros nos hallamos demasiado lejos de aquellos tiempos antiguos para formarnos una idea siquiera de esas manchas singulares que se adherían en ciertos casos á los vestidos y paredes, así como la relacion que estos pudieran tener con la lepra, tan rara entre nosotros como comun entre los judíos. Empero, lo que sabemos es que uno de los mayores adelantos de la ciencia en estos últimos años ha sido el descubrimiento inesperado de que todos, ó casi todos los contagios, las fermentaciones y las putrefacciones tienen su origen en unos séres infinitamente pequeños ó microscópicos, vegetales ó animales, esporos, mucédineas, setas, polillas, *penicilliums*, vibriones, etc., que es propio de estas mucédineas ó polillas, el originar ciertas manchas blancas ó rojas, más ó menos persistentes, y que no es de ningún modo imposible que la lepra sea en sí misma engendrada ó comunicada por dichos pequeños séres, capaces además de pegarse á las ropas y á los muros. La teoría de la lepra de Moisés era, pues, ciencia muy adelantada, demasiado adelantada para la incredulidad, ignorante hasta el ridículo, del siglo XVIII. La Asamblea legislativa votó últimamente una pension de doce mil francos para el sabio ilustre, M. Pasteur, por

haber sido el que ha puesto más claramente en evidencia y consignado el papel desempeñado en el mundo físico, fisiológico y patológico, por esos seres infinitamente pequeños, cuya existencia, apenas sospechada hoy, había sido revelada á Moisés. Acabamos de saber que en el cabo de Buena-Esperanza, la lepra de las casas y de los vestidos es una triste realidad.

Levadura.—«¿No sabéis que un poco de levadura corrompe toda la masa?» Epístola primera á los Corintios, cap. V, v. 5. ¿Podrá creerse que esa asercion tan sencilla haya valido á san Pablo una acusacion de ignorancia y falsedad? «Lejos de corromper la pasta, háse dicho, la levadura la mejora, ella da al pan una ligereza y un sabor que realzan su cualidad, que lo hacen más grato al paladar y de una digestion más fácil.» Empero, ese lenguaje es el de una semi-ciencia vanidosa, al paso que el de san Pablo es la espresion de una ciencia profunda y que ha dicho su última palabra. La levadura, en efecto, determina la fermentacion de la masa; pues bien, la fermentacion supone una verdadera descomposicion, y toda sustancia descompuesta, que ya no es ella misma, es una sustancia real é intrinsecamente corrompida. San Pablo no ha querido decir otra cosa. Hay fermentaciones de diversas especies, vinosas, ácidas, pútridas. San Pablo no pretendia de ninguna manera que la fermentacion de la masa fuera acompañada del desprendimiento de gases infectos. Su palabra *corrompe* es la palabra verdadera, la que responde mejor á las teorías modernas. La fermentacion, en su expresion más general, dice Carlos Gerard en el diccionario de Bouillet, es la *descomposicion* que se efectúa en el seno de ciertas sustancias orgánicas, cuando, despues de haber sido invadidas por algun gérmen exterior, quedan sujetas á la accion del aire, del agua y de un calor moderado. La sustancia que fermenta suministra una série no interrumpida de nuevos productos menos complejos y más estables (para la pasta, el alcohol y el ácido carbónico). Añadamos

que dicha descomposicion es el resultado de la vegetacion ó del desenvolvimiento de los gérmenes extraños, vegetales ó animales, que son el punto de partida indispensable de toda fermentacion; y por último, que la fermentacion y la putrefaccion son unas operaciones naturales de la misma especie. Una levadura muy estimada en Lóndres hace algunos años hallábase formada de mitas vivas.

Vid y vino en Egipto.—Génesis, cap. XI, v. 9-11: «Yo veía que una vid, que tenia tres sarmientos, iba echando poco á poco brotes y luego flores y uvas que maduraban... Yo tomé las uvas y las exprimí en la copa de Faraon que tenia en la mano.» En el pasaje consagrado á la relacion del sueño del copero y en otros muchos, hácese mencion de vides, uvas y vino, como de cosas en uso en Egipto. Pues bien, Herodoto dice que no habia vino en Egipto, y Plutarco asegura que los naturales de aquel pais aborrecian el vino. No se ha hecho el menor caso de las aserciones contrarias de Diodoro de Sicilia, Plinio, Ateneo, etc.; y se ha sostenido el mentís dado á Moisés por Herodoto. Empero, la ciencia ha proseguido en su marcha, y los monumentos egipcios han resuelto la cuestion en favor de los libros santos. En la *Gran descripcion de Egipto*, M. Costas describió en detalle la vendimia, desde la poda de la vid hasta la prensadura de las uvas, tal como él la encontró diseñada en el hipogeo de Helitea... M. Jomard recuerda los restos de las ánforas encontradas en algunas antiguas ciudades egipcias, impregnadas todavía del tártaro dejado por el vino; varias pinturas tienen frascos pintados de encarnado hasta la boca, con esta palabra *Eph*, que en copto significa vino. ¡Qué triunfo para la verdad!

Fertilidad de la Palestina.—Éxodo, cap. III, v. 8: «Sabiedo la afliccion de mi pueblo, yo he descendido para libertarle de las manos de los egipcios, y para conducirle de esta tierra á otra tierra que mana leche y miel. «Vol-

taire y muchos otros han pretendido que la Palestina era un pequeño país seco, pedregoso y estéril, sobre todo en las inmediaciones de Jerusalem. La misma sagrada Escritura, añade él, testifica que dicho país fué á menudo visitado por la carestía de los viveres y por el hambre. Esas son evidentemente aserciones gratuitas y erróneas. La tierra prometida, considerada en toda su extensión, comprende la Siria, desde el monte Tauro y el Eufrates hasta el Egipto y el mar Rojo, y esta sola demarcación prueba que es un gran país, que iguala, si no le supera, al orgulloso y fértil Egipto. «Es, dice Tomas Shaw (*Viaje al Levante*), un suelo tan fecundo en trigo, que una de sus pequeñas comarcas bastaría para abastecer de granos á algunos millones de habitantes; produce en grande abundancia yerbas que crecen hasta una elevación extraordinaria; las montañas, tan fértiles como los valles, están las unas cubiertas de excelentes pastos, las otras llenas de viñedos, cuyas uvas, que suelen pesar hasta ocho ó diez libras, producen un vino superior y muy exquisito; algunas hállanse atestadas de olivos, higueras, naranjos y limoneros. La miel y la leche son tan comunes, que los habitantes las toman en todas sus comidas y aderezan con ellas todos sus manjares. Encuéntrese allí caza en abundancia. Desde el punto en que se le cultiva, dicho suelo muéstrase más fértil que el más bello suelo de la Siria y Fenicia.» San Jerónimo celebra la Judea como la más feraz de todas las regiones; Roger, en su *Viaje de la Tierra Santa* (París, Bertier, 1846), afirma haber visto en el Valle de Sorec un racimo de uva del peso de veinte y cinco libras y media. Hubiéranse necesitado dos hombres para llevarlo, si se hubiese deseado conservarlo en toda su integridad y belleza. Ahí está evidentemente el secreto del racimo extraordinario traído al campamento por los enviados de Moisés, y del cual se ha querido también hacer burla.

Olivo.—Génesis, cap. VIII, v. 11: «La paloma volvió á él

hacia la tarde, llevando en su pico un ramo de olivo con hojas verdes.» El arca, se dice, flotaba á la sazón sobre el suelo de la Armenia, cerca del monte Ararat, donde debía zozobrar. «Pues bien, dice Tournefort, hablando de lo que él vió en torno de las Tres-Iglesias, pueblo de la Armenia, la campiña es enteramente admirable; ella está llena de bellos viñedos, *sólo faltan allí olivos*, y yo no sé dónde la paloma que salió del arca pudo ir á buscar un ramo de olivo, puesto que no se ven árboles de esta clase en sus alrededores; preciso fuera que dicha especie se hubiera perdido, y sin embargo los olivos son árboles inmortales.» (*Viaje á Levante*, tom. III). ¡Qué ensañamiento, y aun estoy casi por decir, qué furor! Tournefort era sabio, muy sabio; mas ¡cuántas veces no lo hemos ya atestiguado; se ofusca ó se contradice, desde el instante en que su ciencia hállase en contacto con la revelación. ¡Las Tres-Iglesias no son ciertamente toda la Armenia, siendo más que una arbitrariedad y hasta un despropósito el asignar al arca un lugar cualquiera. Menos juicioso es todavía, y es casi insensato ó pueril, el afirmar que un arbusto, bien que fuera inmortal como el olivo, despues de haber florecido en una region, no puede dejar de ser cultivado ó de prosperar en ella. Tournefort mismo dice, hablando de un árbol que siempre es verde del mismo modo, ya que abundaba mucho antiguamente en un canton ó provincia de Armenia, que se ha vuelto allí muy raro, que la especie se halla á punto de desaparecer. Estrabon dice positivamente: «Toda aquella region es abundante en frutos y en árboles cultivados; se ven en ella algunos de aquellos que conservan su verdor, y de este número son los olivos.» En cambio, Estrabon decia que la vid no crece fácilmente en dichos países; al paso que Tournefort *notó en ellos hermosos viñedos*. ¿Acaso no vimos ya que en Dinamarca el robo habia cedido su puesto al haya y el haya al abeto? ¿Por ventura en Picardía, en otros tiempos, no habia viñedos destinados á abastecer de vinos la mesa de los reyes de Francia? Me avergüenzo de tener que descender á tales nimiedades; mas

preciso es ir siguiendo á la falsa ciencia, ó á la ciencia á medias, en donde quiera que ellas se gozan en ponerse en contradiccion con el Libro de los libros, el libro por excelencia, como M. Ducros, prefecto del Ródano, lo recordaba con tanta oportunidad y autoridad á los miembros de la Asociacion francesa para el fomento de las ciencias, reunidos en congreso, en Lyon, en 1873.

Se han atrevido á hacer á la reseña tan sencilla de Moisés otra objecion: «¿Cómo el ramo de olivo pudo aparecer verde despues de haber permanecido tanto tiempo debajo de las aguas del diluvio?» ¿Cómo? Muy naturalmente. Por ser un arbol persistente. Vosotros habeis atestiguado que despues de la retirada de las aguas de las grandes inundaciones, los sauces de las márgenes de los rios han perdido su verdor. El agua del diluvio era un agua de lluvia, un agua dulce. Nosotros no tenemos necesidad de invocar el testimonio sospechoso de Teofrasto y Plinio, quienes afirman que el agua no hace perder su frescura á las hojas del olivo, y llegan hasta el punto de decir que el fondo del mar Rojo está cubierto de bosques, cuyo principal producto son los laureles cargados de bayas y los olivos cargados de fruto. (Teofrasto, lib. IV; Plinio, lib. III, cap. VIII). Mas, bien pudiéramos en caso necesario, para quitar todo pretexto á la objecion, hacer notar que la expresion hebraica traducida por *ramo verdoso*, significaria más propiamente una *hoja mascada*, mustia, descompuesta, siendo tal el sentido que le atribuyen el abate M. Glaire y otros hebraizantes.

CAPITULO DÉCIMO.

VERDAD ABSOLUTA DE LOS LIBROS SANTOS.

(Continuacion.)

CIENCIAS FÍSICAS Y MATEMÁTICAS.

Los movimientos de la tierra.—Josué, cap. X, v. 12 y siguientes. «Entonces Josué habló al Señor... y él le dijo: Sol, no avances contra Gabaon, y tú, luna, no avances contra el valle de Ayalon. Y el sol y la luna se detuvieron hasta que la nacion húbose vengado de sus enemigos. ¿Acaso no está esto escrito en el libro de los Justos?... Por lo cual el sol paróse en la mitad de su curso. No hubo antes ni despues un dia tan largo, el Señor obedeciendo á la voz de un hombre y combatiendo por Israel.» Este hecho á la vez histórico y milagroso, referido con tanta simplicidad en estas breves lineas, manifiesta evidentemente que al mandato de Josué, y despues que el esclarecido candillo de los israelitas hubo invocado al Señor, el sol y la luna paráronse de repente en el cielo, y cesaron de descender hácia el horizonte, el uno en la direccion de Gabaon y la otra en la direccion del valle de Ayalon. Tratábase de prolongar la duracion del dia y de retardar la proximidad de la noche que hubiera impedido la persecucion de los enemigos de Dios. Este hecho por siempre memorable es recordado en otros dos pasajes de la sagrada Escritura. Eclesiástico, cap. XLVI, v. 5: «Acaso Dios en su cólera no detuvo el sol, de suerte que un dia llegó á ser como dos dias?» Isaias, cap. XXVIII, v. 21: «El Señor se enojará como en el valle de Gabaon,